

Por donde se pone el sol

Quedan pocas horas de sol en el Oeste. Un sol caedizo, entre melancólico y oblicuo. Si a ello añadimos que el narrador ha de ayudarse con la misericordia ortopédica para ver mejor, cabría esperar historias igualmente caedizas.

Sin embargo, el narrador, que aquí se hace llamar Antonio Pereira, natural de Villafranca del Bierzo (León) y residente a lomos de la melancolía, es maestro en el arte de observar y contar. Lleva con enorme dignidad un glorioso mestizaje galaicoleonés que aquí, en este libro de cuentos, *Las ciudades de Poniente* (Anaya & Mario Muchnik), esgrime con particular eficacia.

Son veintiséis cuentos, número nada sospechoso de eso esoterismos. Otras veces, Pereira se ha ido al extranjero a percibir materia narrable. Ahora se ha quedado en la línea mestiza de su Poniente y cuando viaja (*El hombre de acción...*) lleva su Poniente con él. Lo cual podría hacer sospechar que estamos ante una colección de cuentos pueblerinos, monótonos y de corto alcance. Pues no. Y en esa manía de los reseñadores de escoger uno o dos cuentos y volcar sobre ellos alabanzas o denuestos no quiere entrar servidor, a quien los veintiséis cuentos han placido sobremanera. No unos más y otros menos, sino todos, cada cual en su estilo. Que los hay de mucha chispa, de palpable melancolía, de misterio y humor. Pero en todos hay observación, ingenio, misterio y sorpresa. En la medida justa. Que es lo que hace que un cuento sea un cuento y no el resumen de una novela.

Antonio Pereira es un excelente escritor de cuentos porque sabe sacar a la vida sus fogonazos en el preciso instante en que estos dan luz sin echar chispas. Sus dotes de observación producen el resultado de saber trasladar la vida al papel dándole un añadido de dulzura y sorna que es como untar el pan con mantequilla y algún otro mejunje que, como los buenos cocineros, no revela jamás.

Lo que Pereira cuenta uno intuye que lo ha visto también pero se le ha escapado la sustancia. Pereira inventa sustancia, es decir, la encuentra, y todo suceso, por miserable y raquítrico que pueda parecer, sirve a Pereira para enhebrar un cuento magnífico. Magnífico en su pequeñez, que es lo que tiene mérito.

Antonio Pereira es un gran escritor de cosas pequeñas. Abundan los pequeños

escritores de cosas grandes. Mediocres escritores con ínfulas de sol naciente. Pereira se cobija en sus ciudades de Poniente y construye con disimulo veintiséis joyas pequeñas. O sea, para llevarlas ya puestas. Sin esperar al día de la boda.

BERNARDINO M. HERNANDO

